

EL HOMBRE QUE VIVÍA EN UN ASCENSOR

Jean Melbian

Nuria llamó al ascensor, dispuesta a subir al noveno piso. Como tardaba en llegar, se distrajo mirando mensajes en su teléfono móvil. Al abrirse la puerta, a punto estuvo de caerse al suelo del susto. En lugar del habitual vacío en esta clase de cubículos, allí apareció un hombre sentado en una pequeña silla, arropado con una manta, leyendo un libro apaciblemente. Se desconcertó aún más cuando el caballero alzó la vista y le dijo con toda la calma del mundo:

—No se preocupe, señorita, es que vivo aquí. Utilice el ascensor sin problema.

La joven no daba crédito a lo que estaba presenciando. Era la primera vez que entraba en aquel inmenso edificio, bastante moderno. Iba a visitar a su hermano, que acababa de mudarse allí. «¡Lo que hay que ver!», pensó, «la gente está cada día peor».

Al ver que Nuria se mostraba perpleja, el peculiar inquilino del ascensor se explicó:

—De verdad, señorita, no se apure. Aunque le parezca extraño, la mayor parte del día la paso aquí, subiendo y bajando. El médico me lo ha aconsejado como tratamiento.

«Pues ya con esto me quedo mucho más tranquila», se dijo a sí misma con ironía. «¿Qué narices le ocurrirá a este hombre para que un médico le mande un tratamiento tan absurdo? O mejor dicho, ¿qué le ocurrirá a ese médico para prescribirle algo así a un paciente?». Mientras sopesaba sus pensamientos, volvió a mirar a aquel hombre. Tendría unos treinta y cinco años, no más. A pesar de la rareza de vivir en el ascensor, el caso es que parecía inofensivo. Iba bien vestido, tenía buen aspecto, y no daba la impresión de estar trastornado o ser un psicópata. Al menos tal y como pintan a éstos en las películas y series de televisión. Así que decidió montarse con él en el ascensor y subir a casa de su hermano, confiando en que no le fallase su intuición. En el trayecto, apenas tuvieron tiempo para un breve diálogo, en el que el extraño «ascensorista» le preguntó educadamente su nombre y qué le traía por allí. Mientras se lo contaba, Nuria no hacía más que darle vueltas a aquella situación tan pintoresca.

—¿Se puede saber qué clase de vecinos tienes, Carlos? —le preguntó a su hermano nada más entrar por la puerta de su casa—. ¡Acabo de subir con un tío que dice que vive en el ascensor! Estoy alucinando...

Su hermano le contó que aquel hombre se llamaba Eduardo, y era un vecino muy singular que, efectivamente, vivía más tiempo en el ascensor que en su propia casa. Tenía una especie de trastorno llamado claustrofilia, una compulsiva atracción por permanecer en espacios totalmente cerrados. Su médico, tras probar muchos tratamientos sin éxito, finalmente pensó que la única manera de orientar su trastorno hacia algo positivo sería invitarle a estar en un lugar cerrado por el que pasase mucha gente, para que Eduardo no se encerrase en sí mismo, tuviera contacto social y no se aislase en su casa. Por eso se le ocurrió que podría quedarse en el ascensor de su edificio. Habló con el presidente de la comunidad de vecinos, que a su vez lo consultó con el resto de inquilinos en una asamblea extraordinaria. En ella acordaron que Eduardo podría pasar el tiempo que fuera necesario

en el ascensor, porque además de este modo les serviría de control de visitantes durante las horas en las que no estaba el conserje. Dado que el ascensor es bastante moderno y relativamente amplio, le permitieron asimismo que tuviera una silla y una pequeña mesita, para poder escribir, utilizar el ordenador portátil o dejar algunos enseres personales.

—Pues ya no sé si Eduardo es el loco en esta historia, porque entre el médico y la comunidad de vecinos, estáis fatal todos —dijo Nuria, que había seguido con atención y perplejidad el relato de su hermano.

—Lo mismo pensé yo al verlo por primera vez la semana pasada —reconoció Carlos—. Pero creo que en todo el tiempo que lleva así, no ha habido ninguna queja respecto a él. Yo en estos días sólo he visto que es un tío amable, que no hace daño a nadie, y encima nos sirve de vigilante gratuito. Todo ventajas. Sin olvidar que está ahí por prescripción médica, y eso no se discute.

—Ya, claro... como si te importase mucho lo que diga un médico. Pero vamos, no me negarás —prosiguió Nuria— que lo de este hombre es, cuando menos, chocante. Si ya te lo digo yo siempre, que los tíos estáis cada día peor. Para encontrar uno normal, hay que rebuscar hasta bajo tierra. Está fatal el mercado...

—Es que eres muy exigente, hermanita. Reconoce que te cuesta abrir rendijas en tu corazón. Mucho presumir de cosmopolita, de vivir en una ciudad tan abierta, pero el corazón lo tienes cerrado a cal y canto. El frío burgalés te lo trajiste puesto. Yo te quiero como eres, pero sabes mejor que yo que tus últimos novios han terminado cansados de chocarse contra tus muros. A veces eres como una fortaleza inexpugnable. Tiene gracia que trabajes en una empresa de seguridad y de alarmas —bromeó—, pero supongo que preferirás que algún príncipe, o incluso un ogro, se adentre alguna vez en tu castillo.

Nuria lo escuchó en silencio. Recordó las rutas que a veces hacían juntos cuando vivían en el pueblo, para ver los restos de la fortaleza de Tedeja, o el precioso castillo de Frías. Aquellos muros infranqueables... En el fondo sabía que su hermano tenía razón, y hasta echaba de menos su franqueza. Siempre habían tenido mucha confianza, desde que eran pequeños, incluso en la distancia. Como bien sabía Carlos, a ella el pueblo se le quedaba pequeño, así que recién cumplidos los veinticinco salió de Oña y se marchó a trabajar a Madrid. Poco después Carlos probó suerte en Oviedo. Cuatro años estuvieron separados, solo por los kilómetros. Así que el día en que Carlos le dijo que dejaba Asturias para trasladarse a la capital, acordaron que harían todo lo posible por verse al menos dos veces por semana.

—Pues a partir de ahora me vas a tener que aguantar de lo lindo —le dijo Nuria por teléfono nada más conocer la noticia—. No me apetece estar más tiempo separada de ti. Eres como un grano feo y molesto, pero no soy la misma sin ese grano, hermanito. Ya sabes: sarna con gusto no pica...

—Me encantan tus muestras de amor... Y tus metáforas más todavía —ironizó Carlos—. Acepto el trato con mucho gusto. Y si son más de dos veces por semana, mejor. Aquí el chef te invita a comer cuando haga falta.

Y así fue. Fiel al acuerdo fraterno, Nuria iba a casa de su hermano con mucha frecuencia. E igualmente fiel era Eduardo, siempre presente en el ascensor. No fallaba ni un solo día. Sentado en su silla, con su libro, del que levantaba la vista cada vez que entraba un nuevo

compañero para sus viajes de subida o de bajada. Saludaba amablemente, y hablaba con todos con mucha educación. Nuria lo fue comprobando al coincidir con diferentes clases de vecinos o visitantes, y fue confirmando lo que su hermano ya le había advertido: que más allá de su extravagante atracción por los espacios totalmente cerrados, parecía un hombre normal. Pero no le cuadraba, le daba la impresión de que aquel hombre ocultaba algo más bajo su apariencia inofensiva. Tal vez no fuera un psicópata, pero sentía una gran curiosidad por saber quién era realmente aquel singular personaje, qué había detrás de esa apariencia tan educada y formal. Una de las veces que subió a solas con él, lo abordó sin rodeos.

—Eduardo, perdona que sea indiscreta. Llevo dos meses viniendo a este edificio, y no deja de asombrarme el hecho de encontrarte siempre aquí metido, en menos de dos metros cuadrados. No acabo de entender qué tiene de especial este lugar y por qué no sales nunca de aquí. El caso es que pareces un tío normal, pero no me negarás que esto del ascensor es muy extraño. A lo mejor te lo han preguntado muchas veces, pero ¿podrías explicarme qué haces aquí realmente? ¿Cómo puede una persona vivir aquí?

—Gracias, Nuria... Muchas gracias —dijo Eduardo pausadamente, para su sorpresa—. Eres la primera persona que me pregunta esto con tanta franqueza.

En sus palabras se traslucía verdadera gratitud, y en su rostro un atisbo de cándido sonrojo ante el interés de la chica. Algo que despertó en Nuria una ternura como la que a veces sentía por sus primos más pequeños.

—¿En serio? —respondió, mientras tapaba el sensor del ascensor para que éste no se cerrara, al llegar al noveno piso—. ¿Ni siquiera tus vecinos?

—Ni siquiera ellos —reconoció Eduardo con tristeza—. Todo el mundo es muy correcto, muy amable, pero se ve que el maldito respeto humano les impide ir más allá, aunque se encuentren conmigo cada día. Así que te mereces una respuesta, y no tienes que disculparte por preguntar. Yo me paso todo el día en el ascensor, desde las ocho de la mañana, excepto cuando tengo que comer e ir al baño, como imaginarás. Eso lo hago en mi casa. Y hacia las doce de la noche entro en ella de nuevo, para dormir. Así día tras día, desde hace dos años y medio, que es el tiempo que llevo sin salir del edificio.

—Pero... ¿no haces nada más? —le preguntó de nuevo Nuria—. Yo siempre te veo aquí sentado, leyendo. ¿De qué vives?

—Me ves leyendo porque sueles venir casi siempre a la misma hora. Pero también trabajo. Concretamente para una agencia de viajes. Qué ironía, ¿verdad? Me encargo de su página web, de diseñar sus campañas publicitarias, y cosas así. Todo lo hago desde el ordenador. También hago la compra por internet, y me la traen a casa. Incluso el médico viene de tarde en tarde a ver cómo va el tratamiento. Por eso no tengo que moverme de aquí.

Nuria no salía de su asombro. En lugar de aclarar sus dudas, le surgían más.

—Sigo sin entenderte demasiado, Eduardo. Lo tuyo se sale de mis esquemas. Perdona que sea tan sincera, pero así es. Otro día, si no te importa, me sigues contando, porque me espera mi hermano y hoy tengo poco tiempo. En realidad, no has respondido demasiado a mi pregunta sobre cómo puedes vivir aquí, así que queda pendiente que me respondas con más detalle, ¿vale?

No se hizo esperar mucho la respuesta de Eduardo. Pero no llegó de la manera que Nuria hubiera imaginado. En el fondo, no esperaba mucha más explicación que la que ya había recibido, pues tampoco las conversaciones de ascensor dan para mucho más. Pero se equivocaba. Unos días después, en la siguiente visita a su hermano, el ascensor se convirtió de nuevo en la caja de las sorpresas.

—Buenas noches, Nuria —la recibió Eduardo, de pie, elegantemente vestido y con gesto muy pomposo—. Me alegra mucho verte de nuevo. Te estaba esperando.

Nuria no supo qué responder. Sólo abrió los ojos sorprendida, con su habitual expresividad, mientras caía en la cuenta de que el ascensor no estaba como siempre. Eduardo había dispuesto otra pequeña silla junto a la suya, había preparado la mesa con un mantel, platos y cubiertos para dos. Y, para mayor ambientación, unos vinilos decoraban las paredes, con bellas imágenes de algunos paisajes.

—Si me lo permites, me gustaría invitarte a cenar —continuó Eduardo, aprovechando el silencio de Nuria, que seguía boquiabierta—. Te prometí una explicación, y he pensado que podríamos hablar tranquilamente de esta manera. Lo he preparado todo para que te encuentres más a gusto, para que esto se parezca lo menos posible a un ascensor.

—Pues... te agradezco la invitación, Eduardo —acertó finalmente a responder Nuria, aún asombrada por lo que estaba ocurriendo—, pero... he quedado con mi hermano para cenar. De hecho, ya llego tarde y me estará esperando. Lo siento mucho.

—Por eso no te preocupes, ya he hablado con él.

—¿¿Qué?? —exclamó Nuria, alterada y renegando para sus adentros.

—Le dije a Carlos que quería invitarte a comer —aclaró Eduardo— y que si no le importaba decirme cuándo tenías pensado venir, para darte la sorpresa. Ayer me comentó que hoy, cambiando de costumbre, vendrías a cenar sobre las nueve. Y por eso he preparado una cena, que además es un momento de menos trasiego en el ascensor. Así que estaremos tranquilos. Si aceptas la invitación, claro...

Durante unos instantes, Nuria permaneció pensativa, sin pronunciar palabra. El surrealismo en aquel ascensor estaba alcanzado cotas muy altas. Sentía cualquier cosa menos esa tranquilidad que le prometía Eduardo. Hasta entonces no había dudado de su bondad, pero aquel atrevimiento le parecía excesivo. «¿Y si era un acosador que disimulaba muy bien?», pensó, presa de sus habituales fantasmas. «En el fondo le puse en bandeja esta ocasión, pidiéndole explicaciones... ¡Quién me mandaría ser tan bocazas!», se recriminó a sí misma.

—Si quieres, habla con tu hermano —dijo Eduardo para calmarla, al verla tan tensa y callada—. De hecho, me dijo que si se me ocurría hacerte algo extraño, que ya me podía preparar...

Nuria cogió su móvil, y le envió un mensaje a su hermano. «De ésta te vas a acordar, hermanito», escribió. «Como me ocurra algo, pesará sobre tu conciencia toda la vida». Y lo acompañó con varios improperios y emoticonos furiosos. Al instante, recibió las disculpas de Carlos —que confirmaron lo que Eduardo le había contado—, acompañadas de un buen deseo: «disfruta la cena, hermanita, y baja un poco las defensas...».

—Está bien, acepto tu propuesta —respondió finalmente Nuria, tras considerar la recomendación de Carlos—. Pero subamos al noveno. Si tengo que pedir auxilio a gritos, al menos así me oirá mi hermano.

—¡Estupendo! —celebró Eduardo, obviando el último comentario—. Así no se echará a perder la cena. No soy tan buen cocinero como tu hermano, pero no se me da del todo mal. Toma asiento, por favor.

Nuria pulsó el botón del noveno piso y se sentó a la mesa. Eduardo descorchó una botella de vino blanco, y lo sirvió en las copas. Destapó la bandeja que había sobre la mesita, y sirvió el salmón al horno que había cocinado. Tenía una pinta exquisita. «Es un tipo raro», pensó Nuria, «pero ciertamente se ha currado la cita». Eduardo alzó su copa y brindó.

—Por ti, Nuria. Gracias de verdad por aceptar mi invitación.

—No he tenido alternativa —respondió ella, haciéndose la dura—. Que conste que sólo me quedo por la pinta que tiene la cena, ¿eh? He de reconocer que eres un buen anfitrión.

Tras el brindis, se pusieron a cenar. Estaba todo delicioso, tanto el pescado como el vino. La velada transcurrió con calma, y la conversación fue pasando de la tensión inicial a una cierta cordialidad, a medida que Nuria iba bajando la guardia. Dialogaron sobre sus respectivos trabajos y otros temas no demasiado personales, e incluso hubo espacio para reírse y bromear. Llegado el momento del postre, Nuria le recordó que estaba allí porque le había prometido una respuesta más detallada sobre su vida en el ascensor.

—Sigo esperando una respuesta. En realidad, ése era el motivo de esta cena, ¿no? Así que ya estás tardando en contarme cómo puedes vivir aquí. Yo ya me estoy agobiando, y llevo sólo un rato. No quiero ni pensar —añadió con un punto de ironía— cómo será sin las fotos de los paisajes...

—Aquí dentro todo es más fácil. Aunque no lo creas, Nuria.

—Pero ¿no te iría mejor saliendo a la calle, tomando el aire, el sol, visitando lugares interesantes, o estos mismos paisajes de las fotos? Te pierdes tantas cosas...

—Estoy seguro de que no. Me es más cómodo vivir en el ascensor, no hay nada ahí fuera que yo necesite, o que no pueda obtener desde aquí. Dentro no tengo nada que temer, salvo la posibilidad de que se averíe el ascensor. Pero fíjate, prefiero vivir con eso antes que vivir con las amenazas que hay afuera. Todo es más seguro en estos dos metros cuadrados. Eso sin contar con que gracias a este aparato te he conocido a ti, y eso suma muchos puntos a mi opción.

—Sí, claro... déjate de cumplidos, anda.

—De verdad, lo digo en serio —insistió Eduardo—. ¿Qué más puedo pedir?

En ese momento el ascensor se movió. Era la primera vez en toda la noche que alguien lo llamaba. Se trataba de un vecino del décimo, un hombre de mediana edad que regresaba del trabajo tras su turno de tarde. La conversación entre él y Eduardo versó sobre los horarios laborales y el calor que estaba haciendo durante los últimos días.

—La misma conversación de siempre —le dijo Nuria cuando el vecino ya había salido del ascensor—. Así son tus coloquios de todos los días: como un bucle que se repite sin

fin. Y todavía me dirás que tu vida aquí es interesante, y que no necesitas nada más. Si al menos tuvieras el ascensor de cristal del señor Wonka... ¿Lo conoces?

—Sí, por supuesto, el de la fábrica de chocolate. Lo he leído más de una vez, es una gran historia, para niños y para los que dejamos atrás la niñez.

—Al menos en aquel ascensor podían transportarse a sitios interesantes, como las minas de caramelo, las piscinas de limonada, o el jardín con árboles de manzanas de caramelo. Aquí como mucho subes al quinto, te encuentras con el pesado del octavo, o bajas al garaje con la señora del tercero que no dice ni mu. Verdaderamente apasionante, sí — atacó Nuria con sorna—. Seguro que Roald Dahl, de haberte conocido, habría escrito un libro sobre tu ascensor.

—Lo que pasa es que el ascensor de cristal no existe —replicó Eduardo, a la defensiva— y no va a existir. Ya te he dicho que mi mundo está aquí dentro. No me hace falta nada más.

—Entonces no sé qué pinto yo aquí contigo —replicó Nuria, de pronto visiblemente molesta—. Creo que lo mejor es que me marche. Me ocurre justo lo contrario que a ti, Eduardo. Mi mundo está fuera.

Y pulsó el botón para ir a la planta baja. Eduardo no tuvo tiempo de reaccionar. Se bloqueó. Como tantas otras veces. Parecía que todo marchaba bien hasta entonces, pero en un instante se había torcido. Ni una palabra mientras descendían los diez pisos. Ni siquiera se miraron. Al detenerse el ascensor, Nuria se despidió con una enigmática frase:

—Arriba y fuera —le dijo—. No lo olvides, Eduardo.

Ni siquiera le dijo adiós. Él se quedó paralizado. Chafado. Y el chasco se transformó rápidamente en culpa, por haber sido tan cortante al final. Era la primera vez en mucho tiempo que tenía una conversación de verdad con alguien, y la primera vez que alguien se interesaba por él más allá de la protocolaria cortesía. Lamentó amargamente su torpeza. Aunque no dejaba de preguntarse por qué Nuria se había marchado tan dolida, por qué le molestaba tanto que él no quisiera salir del ascensor.

Tras recoger la cena, despegó los vinilos de las paredes y dejó el ascensor en su estado habitual. Se llevó todo a su piso, lo dejó en la cocina. Ya lo fregaría y recogería al día siguiente. Ahora sólo pensaba en Nuria y en su frase de despedida. No lograba sacársela de la cabeza. «Arriba y fuera». Era incapaz de encontrarle sentido. Mientras se lavaba los dientes, repasó mentalmente las conversaciones que habían mantenido durante la cena, los temas de los que habían hablado, pero no encontraba conexión con esa última expresión. Se acostó y siguió dándole vueltas, hasta que por fin cayó en la cuenta. Lo recordó: Charlie y la fábrica de chocolate. El ascensor de Willy Wonka. Y el botón que Charlie quería pulsar. Eduardo saltó de la cama y fue corriendo a su biblioteca a buscar el libro. Lo fue hojeando y, hacia el final del relato, encontró las palabras a las que Nuria se había referido en su despedida:

*¡Llevo años deseando apretar este botón! ¡Pero nunca lo he hecho hasta ahora!
¡Muchas veces he estado tentado! ¡Sí, ya lo creo que sí! ¡Pero no podía soportar
la idea de hacer un agujero en el techo de la fábrica! ¡Allá vamos muchachos!
¡Arriba y fuera!*

Arriba y fuera. Allí los transportó el ascensor de cristal al joven Charlie, a su abuelo Joe y al señor Wonka. Y rompieron el techo de la fábrica, y sobrevolaron la ciudad. Incluso llegaron a surcar el espacio —con toda la familia de Charlie dentro, recordó Eduardo— en la segunda parte de la obra. «Todo fantasía», se dijo. «Mi vida no puede ser así». Y se fue a la cama de nuevo, donde trató de conciliar el sueño sin demasiado éxito.

Cansado de dar vueltas en la cama, hacia las seis y media se levantó, se duchó y se preparó un café bien cargado. Mientras lo tomaba, releyó varias veces las palabras de Willy Wonka. En realidad, pensó, también él llevaba años deseando salir, deseando apretar ese botón. Pero no se atrevía por miedo a romper el «edificio» que se había construido. Todo estable, cómodo, seguro, sin amenazas. Autosuficiente, como la fábrica de chocolate. Hasta que había llegado alguien a derribar esos muros...

Sin poder quitarse de la cabeza a Nuria ni al señor Wonka, salió de su piso y se metió en el ascensor, como cada mañana. Los vecinos lo notaron más pensativo y silencioso que de costumbre, pero tampoco ninguno le preguntó por el motivo de su actitud taciturna. Subieron o bajaron con él como si nada, con las conversaciones de siempre, como un bucle sin fin. Ya se lo había dicho Nuria.

Aquel sábado las horas se le hicieron eternas, las vivió con desazón. Y más aún las del domingo, que no tenían el trasiego habitual de vecinos y visitantes. Y Nuria no aparecía por allí. Tampoco lo haría el lunes, ni siquiera el martes. Y a Eduardo se le empezaba a hacer tediosa la vida en el ascensor. Sin entender bien por qué, se le caían las paredes encima, le faltaba el aire. Al mediodía del miércoles no aguantó más y pulsó el botón. El botón del cero. «Abajo y fuera», se dijo a sí mismo, nervioso y a la vez decidido. «Ya va siendo hora».

Al llegar al bajo, salió del ascensor y se encontró con el conserje, que se quedó atónito al verlo salir de su guarida.

—¡Eduardo! ¿Se puede saber adónde vas? ¿Te encuentras bien? —le dijo con preocupación.

—Sí, estoy perfectamente. Voy a tomar el aire.

—Pero... ¿cómo es que sales? —continuó interrogando el conserje— ¿Es que el médico te ha dado el alta?

—El médico no tiene nada que ver —respondió Eduardo esbozando una leve sonrisa, mientras cruzaba la puerta del edificio—. Simplemente... por fin tengo una razón para salir.

Sin más explicaciones, se alejó caminando, sin prisa, bajo el sol y el calor del mediodía. Se sentía forastero, le costaba encajar las piezas de ese mundo que aún le resultaba ajeno. Fue recorriendo las calles, la buscó entre la gente, en las paradas de autobús, en los bares, en cada rincón. Hasta que por fin, después de más de dos horas, vio el letrero de la empresa de alarmas en la que Nuria le había dicho que trabajaba. Se acercó a mirar a través del escaparate, y pudo verla muy ocupada frente al ordenador. Elegante y enigmática, como siempre. Sin pensárselo dos veces, accedió al local y se puso delante de su escritorio, sin decir nada. Al retirar la vista de la pantalla y verlo allí, tampoco Nuria pronunció palabra. Cogió un bolígrafo de la mesa, y se puso a escribir muy deprisa,

dejando surco en el papel. Notó que su pierna derecha comenzaba a moverse compulsivamente. No era capaz de controlarla.

—Siento interrumpir tu trabajo —dijo Eduardo, rompiendo el silencio—. Me siento algo extraño y perdido, pero necesitaba hacerlo.

—¿Y hasta aquí te ha traído el ascensor de cristal? —le respondió Nuria, mirándolo fijamente. Eduardo creyó percibir por primera vez un brillo de ternura en sus ojos.

—Sí, eso parece. Ha dado bastantes vueltas —añadió Eduardo—, pero sabía dónde tenía que llevarme. Eso sí, el viaje debe continuar...

—¿Y yo podría acompañarte? —propuso Nuria, con aires de complicidad.

—Estaré encantado de compartir el viaje contigo —dijo Eduardo, ya sin ocultar su entusiasmo—. Por cierto, tú que sabes bastante al respecto... ¿hará falta que le instalemos algún sistema de seguridad a nuestro ascensor?

—No será necesario —aseguró Nuria—. Dejemos que nos lleve donde tenga que llevarnos. Por esta vez, asumiremos los riesgos.